

Meditación en las palabras de Gurumayi

Mahashivaratri

por Eesha Sardesai

Al Señor Shiva le gusta su nombre

Durante el *sátsang* de Mahashivaratri cantamos el mantra *Om Namah Shivaya*. Una y otra vez, repetimos el nombre del Señor. *Om Namah Shivaya*. “Me inclino ante el Señor Shiva, ante el ser propicio, ante el Ser de todos y el Ser interior”.

Gurumayi nos explicó que al Señor le gusta su nombre, que está muy complacido cuando lo llamamos usando su nombre. Cuando Gurumayi dijo esto tuve una remembranza súbita de las historias que leía al crecer: los relatos épicos de la antigua India, muchos de los cuales fueron originalmente registrados en los Puranas y otros textos de las escrituras. Había innumerables historias de gente, en los *yugas* pasados, que se iba a la cima de una montaña remota a practicar *tapasya*, austeridades, durante meses y años sin fin. Al hacerlo, repetían el nombre de su deidad elegida —a menudo el Señor Shiva— con un enfoque concentrado. Finalmente, el Señor se aparecía ante ellos, complacido con su adoración, y les concedía un don que eligieran.

Me encantaba leer estas historias, y aún así, en mi mente quedaba una pregunta. Me parecía que casi siempre los personajes de estas historias oraban al Señor Shiva porque querían algo de él. A veces lo que deseaban era noble y virtuoso: la protección del dharma, el enaltecimiento de la humanidad. A veces era una meta más inmediata y personal lo que tenían en mente. Y *a veces* la persona que oraba era muy obviamente una personificación de la avaricia; estaba decidida a amasar su propia riqueza y poder. Los *asuras*, los demonios, buscaban las bendiciones del Señor Shiva tanto como lo hacían los *dévatás*, los dioses, y la gente de la tierra. Incluso de Ravana, el rey demonio alrededor de cuyas acciones inmorales se desarrolla mucho del *Ramáyana*, se decía que era un gran devoto del Señor Shiva. Gran parte de su fuerza indomable era fruto de su intensa *tapasya* realizada para el Señor.

Así que yo pensaba, “¿Cómo puede ser que el Señor —que es omnisciente y de supremo desapego— les conceda a *todos* estos individuos lo que desean, independientemente de quiénes son, de lo que hayan hecho y de qué intenciones tengan? ¿Es ‘solo’ porque repitieron su nombre?

Lo que yo no entendía bien, al menos no intelectualmente, era la naturaleza de la compasión del Señor. El Señor Shiva es Dáyalu, el misericordioso. Es Bhaktavatsala, el de corazón compasivo hacia sus devotos. Es Ashutosh, el que se complace fácilmente, el que responde con presteza a aquellos que le rezan de forma sincera. Cuando llamamos al Señor, cuando decimos su nombre, nuestras deficiencias se vuelven secundarias. El Señor *vendrá* a encontrarnos. Él es el Señor interior, la presencia de Dios en nuestro propio ser. No necesitamos expiar cada uno de nuestros errores pasados antes de experimentar su presencia divina. No necesitamos convertirnos en una versión “mejorada” de nosotros mismos para ser dignos del amor de Dios. Solo necesitamos *recordar*. Dios siempre está aquí, *aquí mismo*, con nosotros, y sin juzgar.

Esto no quiere decir que no seamos responsables de nuestras acciones. Ni estoy sugiriendo que no debemos tratar de hacer el bien en nuestra vida, que no debemos esforzarnos por ser bondadosos, generosos y considerados, que no debemos tener cuidado hacia nuestro planeta y sus habitantes. Gurumayi nos enseña que es nuestro deber como seres humanos hacer exactamente esto. Incluso las historias de las escrituras tienden a incluir alguna condición que permite que la rectitud se mantenga en el mundo. El Señor puede conceder un don a un *asura*, pero si el demonio permite que sus vicios vayan sin control —su codicia, su orgullo— entonces, sin falla, encontrará su fin.

La cuestión es que la compasión del Señor —y nuestra capacidad de experimentar esa compasión— existen en un plano que trasciende lo correcto y lo incorrecto. Más aún, las escrituras nos dicen que el nombre del Señor es inherentemente purificante. Repetir este nombre es un acto de mérito en sí mismo; un acto que crea y magnifica lo propicio. En el *Shiva Purana* hay capítulos enteros dedicados a glorificar el nombre del Señor Shiva. El sabio Suta, que narra uno de estos capítulos, proclama incluso

que “el poder del nombre del Señor Shiva para destruir los pecados es más grande que la capacidad de la gente para cometerlos”. Describe el nombre del Señor como un “hacha” que corta esos pecados, como el “néctar” que alivia a aquellos “calcinados por la conflagración de los pecados”, como un medio hacia la “liberación perfecta”.¹

En el *sátsang* de Mahashivaratri, Gurumayi dijo simplemente que al Señor le gusta su nombre, y que se complace cuando lo llamamos. Para mí, esta afirmación —tan dulce e intrigante como es— ha iluminado muchas posibles vías de contemplación. Hay tantas ideas a considerar. Muchas asociaciones que hacer y explorar más.

Por tanto, me pregunto: Si tuviste la oportunidad de contemplar esta enseñanza, ¿qué surgió para ti? ¿En qué piensas cuando escuchas que al Señor Shiva le gusta su nombre?



¹ *Siva Purana: Part I*; ed. J. L. Shastri (Delhi: Motilal Banarsidass, 1950), cap. 23, p. 152.